

Nuevo elogio del imbécil

PINO APRILE

Traducción de Juan Manuel Salmerón

Título original: *Il nuovo elogio dell'imbecile*

© Pino Aprile

© Fullday srl, 2022

Publicado de acuerdo con Albaronedo Agencia Literaria,
ST&A y jr literary agency.

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón, 2025

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo, 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *The Exhibition «Stare-Case»*,
Thomas Rowlandson (ca. 1800)

Imagen de la solapa: © LaC News24

ISBN: 978-84-129676-9-2

Depósito legal: B-7891-2025

Impresión: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Al descontento, al irritado, al agresivo, podemos aplacarlo mostrando un poco de interés, de tolerancia, de simpatía. Sin embargo, si intentamos amansar al imbécil, para sacarlo de sus firmes y aun inflexibles convicciones, para hacerle siquiera dudar un segundo, veremos cómo, apenas desconcertado, no tardará en volver a hilvanar, es un decir, sus razonamientos, fiel a la obstinada creencia de que nosotros somos quienes no entendemos nada, de que nos empeñamos en descargar sobre él nuestra imbecilidad.

SERGIO ZAVOLI

PRÓLOGO

Después de dedicar varios años y mucho estudio a alumbrar este libro, he descubierto en carne propia (y en la vuestra, pero en la mía duele más...) una verdad desalentadora: la imbecilidad es seguramente el único ámbito en el que el conocimiento resulta del todo inútil. Dicho de otro modo: saber cómo funciona la estupidez, cómo actúa y se multiplica, debería, en rigor, ayudarnos a evitar sus consecuencias. Pues bien: no es así. La teoría de la necesidad evolutiva del incremento del número de imbéciles (tal como se afirma en este libro) explica el porqué del fenómeno, pero no nos libra de él. Y os lo asegura el padre de la teoría, que podría demostrároslo con un puñado de anécdotas personales. Siendo así, ¿por qué ocurre esto? Muy sencillo, porque no nos resignamos. Sabemos que en general los ejemplares de *Homo sapiens sapiens* se comportan como imbéciles y que ese es el camino de la especie, pero seguimos negándonos a aceptarlo. Cueste lo que cueste. Vamos a ver, ¿cuándo entenderemos que ir contra la estupidez es también estúpido?

Es como cabrearse por los resultados electorales que no nos gustan, cuando deberíamos tener presente que los votantes no eligen al mejor, al más honrado, al más capaz, sino a quien más se les parece. Y como los imbéciles son mayoría, ya sabemos quién gana.

A los pocos años de concluir este estudio he visto confirmada una vez más una de las principales características de la estupidez: su carácter epidémico y la aceleración con la que se propaga. La frase que más oímos es: «El mundo ha perdido la cabeza» (ya la idea de que tuvo cabeza, aunque fuera hace mucho, mucho tiempo, casi parece sorprendente).

Hemos depositado demasiadas esperanzas en el Tercer Milenio, cuando, en última instancia, los del Tercer Milenio seguimos siendo nosotros, si bien algo más viejos. La querencia por la cantidad, por acumular «más» (lo «más», como lo «mucho», es un atributo principal de la estupidez), impera sin control a escala planetaria.

La inteligencia cuestiona las causas, estudia los efectos, se propone fines posibles a partir de determinadas premisas; la estupidez se ocupa de los medios para alcanzar esos fines: suministra números, cantidades de herramientas y máquinas, de hombres, de bienes y dinero, de poder y obediencia, de barbarie y cadáveres. Tras la borrachera ideológica de finales del pasado milenio, lo nuevo ha abandonado las ideas y se ha concentrado en las cosas (lo único que queda).

Con estas cosas poco podemos hacer, salvo esto: observar, por el placer solitario o poco más de entender. Es un fin en sí mismo.

Pero es mucho.

Lo es casi todo.

Y LORENZ ME DIJO...

¿Por qué hay tantos imbéciles? No me lo quitaba de la cabeza: me sorprendía la naturalidad con que toleramos la estupidez. Me preguntaba: ¿se dan o no se dan cuenta los demás del poco sentido que tienen muchas de las cosas que hacemos? Y dado que no todos somos tontos, ¿cómo es que no nos importa?

Entonces conocí a Charles Darwin y me quedé deslumbrado. En la escuela me habían inculcado una idea elevada del ser humano y de su «suerte progresiva y soberana», como dice Leopardi. Darwin me enseñó a dudar de ella. La obra que me impresionó, más incluso que *El origen de las especies*, fue *El origen del hombre*, la menos conocida de sus obras maestras. Tuve la sensación de que se me revelaba un secreto.

El ser humano es un animal muy parecido a los grandes simios. Somos el producto de un larguísimo proceso evolutivo regido por las mismas leyes que siguen marcando el camino de todas las especies (incluidas las vegetales). Nos distingue de los demás animales, incluso de los más próximos, la cantidad y la calidad

de nuestra inteligencia. Ningún otro animal del planeta tiene tanta. Me fascinaba la idea de que el mismo mecanismo que nos había otorgado esta potencia cerebral se la hubiera negado a otros. O sea, ¿por qué nosotros? (¿Y por qué, me preguntaba acto seguido, este hermoso don se usa tan poco?)

La ley evolutiva es la misma para todos: la selección natural, la supervivencia del más apto. Así prevalecen las características que permiten a la especie (a cualquier especie) responder ventajosamente al entorno. La selección natural no sigue un camino trazado: avanza al azar y de una serie ininterrumpida de intentos exitosos genera aquellas características que garantizan la supervivencia de la especie. En nuestro caso, fue la inteligencia.

El mismo Darwin aplicó su teoría al ser humano, teoría que otros resumieron en términos tan pedestres para la época («Descendemos del mono») que la piadosa esposa del obispo anglicano de Worcester comentó: «Si es así, por lo menos que no se entere nadie».

Pero el razonamiento de Darwin era mucho más complejo. En realidad, la idea de descender del mono no es tan terrible, pues al fin y al cabo ya no somos monos, que es lo que importa. Muchas familias tienen antepasados inconvenientes y, cronológicamente, más recientes. Del pensamiento de Darwin creía poder deducir algo más: una explicación plausible de la inteligencia humana basada en razones puramente naturales. ¡Qué chasco para el hombre que se considera el centro del universo!: su potencia mental, en el teatro de

la vida, no vale más que el mimetismo, la fuerza física o la envergadura de otros animales. Así, más en serio que en broma, empecé a preguntarme: si hubo especies acuáticas que se hicieron terrestres y animales reptantes que ahora vuelan, ¿quién nos asegura que no habrá nuevas adaptaciones que alteren la calidad y la cantidad de nuestras características, incluidas las cerebrales? Somos el único ser pensante del planeta, pero ¿quién nos asegura que seguiremos siéndolo?

Ahí caí en la cuenta de que hasta con la teoría de la evolución humana podíamos alimentar nuestro orgullo de animales inteligentes, la necesidad de sentirnos especiales: la arrogancia de la especie...

Antes, la investigación científica de nuestros orígenes se encomendaba al examen de los restos fósiles de los primeros homínidos y sus manufacturas. Así, el resultado de estas investigaciones, oportunamente elaborado, nos permitió confeccionar esas tablas de la evolución humana que ilustran los libros científicos: una serie de bípedos puestos en fila según el (hipotético) orden cronológico de su aparición. El primero de la izquierda era casi un mono: pequeño, peludo, encorvado, con brazos y piernas desproporcionadamente largos y arqueados, y la mirada perdida. A medida que avanzábamos hacia la derecha y hacia el presente, los rasgos animales se atenuaban hasta sublimarse en el último de la fila, el *Homo sapiens sapiens*. Alto, apuesto, con la barbilla y la mirada tendidas hacia el futuro (como si le hubieran asegurado que iba a ser Leonardo da Vinci).

Como es natural, se nos dejó bien claro que esa reconstrucción solo era hipotética. Algún homínido podía intercambiar su sitio en la fila con el vecino más o menos simiesco, y siempre estaba el eslabón perdido: nuestro antepasado más cercano, casi tan guapo como nosotros, pero aún repelente y tonto como los predecesores.

Esto no debilitaba el fundamento de la reconstrucción: por muy bestias que fueran sus progenitores, el ser humano seguía siendo el destino maravilloso de un viaje emprendido hace millones de años. De un modo u otro, pues, somos seres especiales, únicos. Con Darwin, parecía como si el hombre se hubiera apartado del centro de la creación, como si renunciara a ser la creación decisiva y más noble de Dios, la única hecha a su imagen y semejanza. Y, sin embargo, sí, seguíamos siendo la obra maestra de la evolución. Solo así cobraba fuerza la teoría de que el hombre es el centro de la naturaleza, la razón que explica la existencia del universo.

No me veía capaz de emitir juicios sobre las disputas científicas ni teológicas a las que la intuición de Darwin había dado origen. Ni siquiera estaba seguro de que el bueno de Charles compartiera ciertas derivaciones que otros podrían hacer de sus ideas. Solo intuía, confusamente, que ahí podía haber algo importante, aún por desvelar. Pero no iba más allá.

Al final me hice periodista y, después de trabajar muchos años en un periódico, entré en una revista, coincidiendo con uno de los momentos de mayor incertidumbre moral y política de la historia italiana de fina-

les del milenio pasado. Como buscábamos respuestas, transfusiones de saber, y no había un único e indiscutible «viejo de la montaña», estaba muy de moda hacer largas entrevistas a personajes célebres por su saber y autoridad, de las que resultaban retratos comentados, juiciosos, llenos de anécdotas y opiniones sobre todos los temas posibles. Tuve así ocasión de conocer a varios protagonistas de la historia del siglo xx: algunos me recibieron en su casa, conocí a su familia, a veces comí a su mesa y pude, con su permiso (o a veces, lo admito, sin él), curiosear en sus escritorios, en sus bibliotecas. Quizá tendría que haberme preguntado: ¿quién me da derecho a irrumpir en la vida de estas personas, a sonsacarles opiniones, confesiones, sentimientos? Nunca me sentí un intruso. Pensaba que tenía el derecho de preguntar y ellos tenían el deber de responder. ¿Por qué? Porque somos animales sociales y es bueno que compartamos, que difundamos las preguntas y las respuestas. Durante mucho tiempo pensé que «la respuesta absoluta» existe, pero está desmenuzada entre todos los hombres; cada uno tiene un granito de ella y no sabe que lo tiene. Si alguien, como en un rompecabezas...

Un día, el director de la revista en la que trabajaba y yo decidimos hacer un reportaje sobre Konrad Lorenz: era un «alma grande», al que habían galardonado con el Premio Nobel por su contribución al nacimiento de una nueva ciencia, la etología (que estudia el comportamiento de los animales), pero que era conocido en todo el mundo por su manera divulgativa de contar observaciones científicas como si fueran fábulas de animales.

Uno de sus libros, *El anillo del rey Salomón*, lo había hecho justamente famoso.

Tras mi amor juvenil por Darwin, emprendí, ocasionalmente, como todo el mundo, por gusto y sin gran empeño, mi propia investigación sobre las tres preguntas fundamentales: quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos. No hice ningún descubrimiento capital, pero con mayor frecuencia me sorprendía la naturalidad con la que el ser más inteligente del planeta tiende a actuar de manera completamente irracional.

De Lorenz había leído algo y me había gustado. Para conocerlo mejor, me hice con todo lo que encontré de él y me zambullí en su lectura: primero por obligación, luego con interés, después con tal voracidad que lamenté que no hubiera más que leer. Fue otra revelación, comparable a la que tuve con Darwin. Me preguntaba cuál sería el resultado de un estudio del comportamiento humano hecho según los principios y métodos de la etología. O sea: si el hombre no es más que un animal (y, aparte del orgullo de especie, no hay ninguna razón para pensar que es el mejor), ¿por qué no someterlo a observación como hacemos con los demás animales y juzgar sus acciones con los mismos criterios científicos y el mismo distanciamiento con los que estudiamos a los lobos y a los gansos?

Instintivamente supe que de ese modo podría comprender mejor las razones que nos mueven a actuar como estúpidos. Para entonces, la frecuencia con la que, en todos los niveles, encontraba imbéciles —o incluso personas que no lo eran, pero que, sorprenden-

temente, actuaban como si lo fueran— era tan alta que no podía deberse a la casualidad. Aunque me juzgaba con benevolencia, no podía menos de advertir que mis propias decisiones no siempre eran razonables y en ocasiones incluso comprendía perfectamente que iba a cometer una estupidez. Lo comprendía y, sin embargo, la llevaba a cabo. ¿Qué fuerza latente nos impulsa a actuar así, a comportarnos como tontos, aunque lo sepamos y queramos evitarlo? ¿Existe —esta es la pregunta— una razón más poderosa que la razón capaz de engendrar estupidez? Si nuestra característica es la inteligencia que nos ha permitido sobrevivir y dominar un medio hostil, ¿por qué reina la imbecilidad? ¿Qué la justifica y hasta la hace necesaria?

Estas preguntas eran poco más que un juego para mí; un tema que traía a colación cuando quería impresionar a los demás, parecerles excéntrico. El atracón de lecturas de Lorenz que me pegué me hizo sospechar que en aquel pasatiempo había más sustancia de la que yo creía.

Telefoneé al ayudante de Lorenz y le pedí una cita con el maestro para hacerle una entrevista. Me contestó que el profesor (ya muy mayor) no estaba en condiciones de recibir visitas. Quizá más adelante... Esa misma noche partí para Viena con un fotógrafo. A la mañana siguiente me hallaba en Altenberg, el pueblecito a orillas del Danubio en el que nació Lorenz y donde vivía con su mujer, una amiga de la infancia, en la misma casa que había construido su padre. El nombre del pueblo era más largo que la arteria principal de la localidad,

aunque nuestro profesor vivía en la calle Lorenz (así llamada en honor de su padre médico), en la que solo había un número y una casa: la suya.

Me lo topé en la puerta. Volvía del laboratorio y no tuvo el valor de echarme. Al leer sus libros me había formado la idea de que era un hombre maravilloso. Ahora no me cabía la menor duda. Era un caballero, un anciano de alma noble, aspecto elegante y cuerpo robusto, en el que todavía se adivinaba cierto vigor juvenil, con barba y pelo blancos de filósofo griego, amable y risueño, de ojos vivaces que se interesaban por todo. El niño que llevaba dentro aún seguía jugando.

Pese a la insolencia con la que lo abordé, pese a que no hice caso de su negativa, me invitó amablemente a entrar, tras dar una fugaz muestra de desconcierto. Me pareció incluso que se alegraba de que lo visitara un desconocido que quería hacerle muchas preguntas. Esto lo atribuí a su exquisita educación. Luego me di cuenta de que había algo más. No le importaba que yo fuera periodista: le gustaba hablar de sus ideas, ver qué efecto causaban en su interlocutor (cosa increíble, si tenemos en cuenta la aprobación y admiración de las que gozaba en todo el mundo). Escuchó cada una de mis palabras como si fueran observaciones de un colega. Con todo, no lograba sacudirme el temor reverencial que me inspiraba: aquella no era una entrevista más. Lo sentía en mis carnes, porque, aunque no era la primera vez que me hallaba ante un gran personaje, nunca había experimentado con tanta urgencia la conciencia de estar ante una persona mucho más preparada y sagaz.